

SALAMANCA, 1971: RECUERDOS DE UN CONGRESO

José-Carlos Mainer

UNAS ACTAS RETRASADAS

Las Actas del IV Congreso Internacional de Hispanistas, que se celebró en Salamanca en agosto de 1971, fueron las primeras que alcanzaron los dos volúmenes y también las únicas que tardaron once años en ver la luz y suceder así en nuestros estantes a las del simposio mexicano y anteceder a las del bordelés. Las dos anomalías son, cuando miramos las cosas con la distancia de casi siete lustros, harto significativas.

La afluencia de comunicantes en las aulas salmantinas estuvo en estrecha relación con el vigoroso crecimiento del hispanismo internacional, pero también con la presencia de muchos profesores jóvenes que, en Europa o en Estados Unidos, eran hijos de sendas postguerras: de tiempos en los que la especie se venga del destino, como saben los demógrafos. Y es indiscutible que el congreso salmantino registró -sobre esto volveré luego- la primera presencia significativa de las nutridas cohortes nacidas entre 1940 y 1950. Por otro lado, el clamoroso retraso de las actas, que afligió al llorado Eugenio de Bustos, responsable de la edición, se debía -como él decía en la nota preliminar- a los acontecimientos políticos que, en el curso de diez años, habían mutado de arriba abajo la nómina de los posibles financieros de la edición: el congreso se había celebrado en los años finales de la Dictadura y aparecía en el año de la victoria electoral de los socialistas, pero en medio había muerto el dictador, se había producido el paréntesis del gobierno Arias Navarro, la lenta conquista de la democracia y los avatares, que no fueron pocos, de los gobiernos de Unión de Centro Democrático.

Tampoco debe pasarnos inadvertida la intervención presidencial de Ángel Rosenblat, cuando recordó que el "nuevo hispanismo que aquí se congrega hoy no pretende justificar ni defender con paliativos de ningún género los actos políticos del pasado o del presente", clara alusión a la incomodidad que algunos de los asistentes debían sentir al pasar ante el vitor

de Francisco Franco o al habitar en la ciudad que fue capital del embrión del Estado totalitario que nació a orillas del Tormes, en el otoño de 1936. Pero no sólo eran españoles los recuerdos incómodos... Apenas habían pasado tres años desde 1968 y allí había mexicanos que sabían de Tlatelolco, y californianos que presenciaban la lucha diaria de sus estudiantes contra la guerra de Viet-Nam, y parisinos que fueron testigos de los hechos de mayo. Y algún comunicante del Este de Europa que sabía (y callaba prudentemente) de otros escenarios de la tensión. Rosenblat no dijo nada de eso, pero sí se compungió ante las amenazas que se cernían sobre el humanismo, al hablar de "la ciencia con su formulismo matemático y sus recursos electrónicos". Pero los estructuralismos fueron, ay, cosa pasajera y la electrónica sería al cabo el lenguaje de todos. Y el proclamado final de la galaxia Gutemberg fue, cuando menos, prematuro. Treinta y tantos años después, los libros nos siguen inundando y las actas de los congresos vienen cada vez más pobladas.

SÍNTOMAS DEL NUEVO HISPANISMO

Alarmas, síntomas, presencias... Han pasado muchos años y persiste en mi memoria este congreso, primero y único de la Asociación al que he asistido: es recuerdo de algo que tiene ya la edad de mi hijo mayor y la de aquel coche mío de entonces, un SEAT 850 (de espantoso color mostaza de Dijon: una concesión a la cromática *pop*), que invirtió un día entero en viajar de Salamanca a Zaragoza, donde hice perder a Guy Alain Dugast el tren que le llevaría a su casa de la costa tarraconense.

Bastantes de quienes me lean recordarán que fueron allí como meritorios, como padres muy jóvenes, como pilotos de vehículos utilitarios, o como profesores recién escudillados de una universidad que crecía en toda Europa (en España acabábamos de estrenar una Ley General de Educación que tildábamos de *neocapitalista*: ya era mucho si se comparaba con la de 1943, simplemente fascista). Repaso ahora las actas del congreso y es innegable una impresión de relevo, que quizá tenga algo de proyección retrospectiva de un deseo, aunque también tiene mucho de real y mensurable. Las sesiones plenarias estuvieron en manos de maestros todavía jóvenes: de Geoffrey Ribbans, que asumió el

inevitable homenaje a Unamuno y que había publicado capítulos esenciales de la nueva bibliografía sobre el fin de siglo; de Noël Salomón, maestro de la nueva hispanística progresista francesa, que habló de Alejo Carpentier (todos habíamos leído con admiración *El siglo de las Luces*, aunque en su mutilada edición barcelonesa); de Juan López Morillas, el exiliado de Brown University, que nos había enseñado la lección moral del krausismo y que vino a hablar de la Gloriosa, tres años después de su centenario; de Werner Krauss, representante de la tradición filológica alemana, que había llegado de la República Democrática para hablar de la teoría de los géneros literarios, cuando se empezaba a saber algo del formalismo ruso; de Guido Mancini, un maestro italiano de aquel fértil periodo de la filología peninsular de abolengo croceano, que disertó sobre Arias Montano. Pero también habló, si no me es infiel la memoria, Marcel Bataillon. Por primera y única vez, vi aquella leyenda viva, de quien había escrito Antonio Machado en su *Juan de Mairena*, encarnado en un anciano de cabello plateado y elegantísima apostura. Y allí volví a saludar a Rafael Lapesa, todo cordialidad discreta, a quien mi maestro José Manuel Blecua me había presentado cuando yo era estudiante.

Pero quizá, a la fecha de hoy, al lector le importen, más que los nuevos nombres, los nuevos temas que, a menudo, comportaban también la nómina de los noveles. Estaba, por ejemplo, recentísimo aquel fenómeno que un oportuno libro de ahora ha llamado "la llegada de los bárbaros", que eran los novelistas latinoamericanos. Y no sólo Noël Salomón se hizo eco de la novedad, elevada a rango de tema de estudio: observo en las actas que Miriam Adelsteim habló de Juan Rulfo, Carlos Albarracín-Sarmiento lo hizo de "Las babas del diablo", el cuento de Cortázar (sobre quien también escribieron André Jansen y A. Vázquez Bigi); Lilia Dapaz disertó acerca de Ernesto Sábato, y Katalin Kulin, de García Márquez. El nuevo medievalismo fue algo más que la destitución del tradicionalismo nacionalista de un Menéndez Pidal que había muerto hacía bien poco; en las aulas salmantinas la presencia de los rebeldes vasallos anglosajones fue patente y se oyó a Alan Deyermond en un rescate memorable del "lost Genre" (el *romance* en prosa), a Robert Tate hablar de sus dilectos historiadores del XV, a Derek

Lomax puntualizar sobre el Arcipreste de Talavera y a Peter Russell, que todavía no era un personaje de Javier Marías, sobre la cultura jurídica de Fernando de Rojas en *La Celestina*. El especialista en los llamados Siglos de Oro rastreará también los hilos de la renovación que vendría y ya se anunciaba aquí: la comunicación de Maxime Chevalier, "Para una historia de la cultura española del Siglo de Oro", venía a ser todo un programa, como en gran medida lo fueron las intervenciones de E.C.Riley acerca del estilo indirecto libre cervantino, o de Alan Trueblood sobre la lírica lopesca de *senectute* (como la bautizaría, años después, el inolvidable Juan Manuel Rozas). También se empezaba a hablar de otro modo a propósito de Galdós y de Clarín (recuerdo haber oído la comunicación de Francisco García Sarriá acerca de *Su único hijo* y la muy esperada de Carmen Bravo Villasante sobre el epistolario amoroso de don Benito y doña Emilia, como algunos decían con cierta cursilería redicha); la nutrida tribu galdosista ya tenía tribuna propia, los *Anales Galdosianos*, que surgieron en 1966 y el taller de William Shoemaker funcionaba a toda máquina. Y tampoco era difícil rastrear el viraje de los trabajos acerca de la todavía llamada "generación del 98": a Unamuno rindieron culto, entre otros, Paul Olson, Ciriaco Morón y Luciano García Lorenzo; a Valle-Inclán, Leda Schiavo y Manuel Bermejo Marcos. En todos se percibía la huella algo iconoclasta de los centenarios de 1964 y 1966, respectivamente.

También cambiaba el sentido profesional de nuestro trabajo. "Tener un libro" en la Biblioteca Románica Hispánica, de Gredos, había sido y seguía siendo poner una pica en Flandes, pero también empezaba a serlo el haberlo publicado en Tamesis Books o en las selectas series de Castalia, tan cuidadosamente organizadas por Moñino. Casi nadie hacía ya ediciones para Clásicos Castellanos, tan venidas a menos, pero Elena Catena andaba muy activa encargándolas para Clásicos Castalia, colección nacida con muchísimos bríos dos años antes. Y quien parecía un rey Midas de la edición era Francisco Rico que se acababa de inventar Textos Hispánicos Modernos, para Editorial Labor, una colección que fue presentada, si no recuerdo mal, con cóctel y todo. Pero muchos jóvenes (o no tan jóvenes) autores sabían que un montón de pequeñas editoriales publicaban ensayos

atrevidos y rotundamente progresistas. Por eso, precisamente, andaban por allí, sin problemas para editar, Julio Rodríguez Puértolas y sus medievales subversivos, o Víctor Fuentes y Juan Cano Ballesta que hablaron de los escritores de los años treinta, otro tema que iba a dar juego en los años siguientes.

SALAMANCA, AL FONDO

Al fondo, estuvo Salamanca. Acabo de saber que ha cerrado sus puertas el Gran Hotel, de lujo un poco adusto y campero, muy años cuarenta, donde pararon muchos de los colegas extranjeros de mayor edad y mejor cuenta corriente. Los demás anduvimos por Colegios Mayores de poco memorable confort y algunos, como Rafael Pérez de la Dehesa, pararon en residencias de religiosas donde no era fácil garantizarse el traspase. Pero había muchos bares acogedores y la provisión de sabrosos embutidos y de morapio cabezón parecía inagotable.

Sospecho que ya empezaba a ser un recuerdo la Salamanca de Unamuno y el cuartel general del primer franquismo, aunque seguían estando la Plaza Mayor (y el Novelty) y la lúgubre, casi carcelaria, Gran Vía. Estaban más cercanas las Salamancas de Enrique Tierno Galván, de Gloria Begué, de Francisco Tomás y Valiente, de Fernando Lázaro Carreter y Alonso Zamora Vicente: Salamancas de la universidad y el descontento, de la lucidez y la esperanza... Para mí, aquel viaje fue revivir la ciudad que había sabido evocar una película de Basilio Martín Patino, *Nueve cartas a Berta*, estrenada en 1966 y cuyo guión tengo a la vista (lo publicó Ciencia Nueva, la primera empresa de Jesús Munárriz, en 1968, con un diseño admirable de Alberto Corazón). El filme fue (es) un emblema de mi generación y por eso me resulta inevitable recordar aquí al Padre Echarri, tan untuoso y tan campechano, a la vez, en la casa de Ejercicios ("un intelectual está siempre al borde de perder su alma por exceso de saber baldío, ¡torres de orgullo!"), y lo es evocar al padre de Lorenzo, un excombatiente, empleado de banca, que amonesta a su hijo: "¡Ojo con mezclar con esos jaleos que tú sabes de la Universidad! ¡Estaría bueno! ¡Tendría gracia que saliera mi nombre en los periódicos! ¡Las dos Españas!".

Decididamente, muchos de los que estuvimos allí nos dedicamos al "saber baldío" y de las dos Españas, nos quedamos siempre con la otra. Pero esto ya pasó hace mucho...